

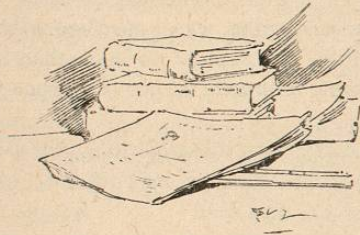
## ESCENA VII

DOÑA ÁNGELA, D. VALENTÍN, D. FERNANDO, EL GENERAL

VALENTÍN. Pues señor, que el demonio me lleve si no se acaba de burlar otra vez de nosotros. Pero no me importa: me he salido con la mía: ¿tú ya no la quieres?

GENERAL. (Yéndose.) ¡Qué sé yo!

VALENTÍN. ¡Ay, Dios mío! ¿Será cosa de volver á empezar?



## ACTO TERCERO

(La misma decoración del acto primero.)

## ESCENA PRIMERA

## LA DUQUESA

(Al levantarse el telón sale de su cuarto, se dirige al balcón, y luego viene al proscenio.)

Se me figuró que paraba un coche..., ¡pero no era aquí! (Tira del cordón de una campanilla: sale un lacayo.) ¿Se han llevado las cartas que mandé?

LACAYO. Sí, señora: Andrés fué á casa del Sr. D. Valentín, y le dijeron que estaba de caza hacía ya unos días, y que aún no había vuelto; pero Andrés dejó la carta, porque parece que le aguardaban hoy.

DUQUESA. Bien; ¿y la otra?

LACAYO. ¿La que iba para el señor general Bernal? Esa la llevé yo mismo y la entregué en propia mano, cuando S. E. iba á subir al coche. Se la guardó, y me dijo que no tenía respuesta.

DUQUESA. ¡Bien!.. ¡bien!.. Anda con Dios. — (Vase el lacayo.) ¡Sin respuesta!.. ¡Dios mío, todas sin respuesta! ¿No le volveré yo á ver? Un siglo me parece que ha pasado desde aquel día fatal en que al verme en su casa... y á su lado, conocí que le amaba sobre todas las cosas de este mundo! — ¡No ha vuelto!.. Le he escrito mil veces... ¡No me ha respondido! Le he buscado en todos los sitios donde siempre nos encontrábamos... Nada: ¡no le he visto! — ¿Dónde estará?... ¿Qué hará?... ¡Ah, si él supiese lo que está pasando en mi corazón! — Bien me lo dijo: ¡hay hombres que no perdonan jamás! — ¿Por qué le habré ocultado tanto tiempo mi amor? Si en vez de apurarlo, de fingirle crueldad, indiferencia, le hubiese dicho la verdad..., le hubiese dicho mil veces: ¡Enrique, yo te amo!.. ¡Ah, sí..., él lo hubiera creído... y ahora le tendría aquí, á mis pies, enamorado, delirante!.. — ¡Ah, si volviese!.. ¡Si Dios hiciera que volviese!.. ¡Si por una hora no más se me mostrase tal como le he visto durante un año entero!.. ¿Y es cosa de perder enteramente la esperanza?... ¡Yo me muero! ¡No puedo vivir así! — ¡Dios mío, cuánto le amo!.. ¡Ah, bien vengado está!

Tomo II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO



## ESCENA II

LA DUQUESA, DOÑA ISABEL, LA MARQUESA

ISABEL. Entre usted, tía; aquí está mi hermana.

DUQUESA. (Yendo á abrazarla.) ¡Querida tía!

MARQUESA. ¡Dichosos los ojos!..

ISABEL. ¿Estás hoy mejor?

MARQUESA. Eso vengo á saber. ¡Estás desconocida!.. ¡No se te ve por ninguna parte!.. Dos bailes ha dado el embajador, y no has parecido. Ni vas al Prado... ni al teatro... ¿Qué significa esto?

DUQUESA. (Sonriendo á la fuerza.) Nada..., creo que no será nada, tía.

ISABEL. Y las gentes, como la ven así, tampoco vienen por temor de incomodarla.

Ni el general, que venía todos los días... ¿Cuántos hace que no le vemos?

DUQUESA. ¿Al general?.. ¡Qué sé yo! (La marquesa se ha sentado y ha tomado un periódico.)

ISABEL. ¡Cosa más rara!.. He estado por preguntárselo.

DUQUESA. ¿Tú le has visto?

ISABEL. Sí, esta mañana temprano, por frente del Botánico: iba en su coche, con Angelita y con su padre; y él me vió, porque me hizo así con la mano. (Indicando un saludo.)

DUQUESA. ¡Ah!

ISABEL. Y también á Angelita hubiera querido hablar para reñirla, porque no ha vuelto á verme. — ¡Pero el general, señor!.. ¡El general no parecer por casa!

DUQUESA. ¡Quién sabe!.. Tendrá ocupaciones...

ISABEL. ¡Qué ocupaciones!.. ¿No ha de tener un rato al día?... Pues yo siento no verle... ¡Es hombre que me gusta tanto!.. ¡Y él te quiere mucho! — ¿Le has hecho tú algo, Clara?

DUQUESA. (Turbada.) ¿Yo?... ¡Qué ocurrencia!..

ISABEL. ¡Es que tú eres tan caprichosa con él!.. ¡Algunas veces le has dado unas respuestas!.. No creas que se me ha escapado.

MARQUESA. ¡Eh!.. ¡Para hablar delante de las niñas!..

ISABEL. Y yo una vez me propuse imitarte; pero no pasó de cinco minutos..., y aquellos cinco minutos fueron crueles!.. Te aconsejo, hermana, que mudes de sistema.

UN LACAYO. El Sr. D. Luis está en la sala.

ISABEL. ¡Hola!.. Voy á verle. — Adiós, hermana; adiós, tía.

## ESCENA III

LA DUQUESA, LA MARQUESA

MARQUESA. Ya que estamos solas, Clarita, hablemos un rato con formalidad. Ya me has contado la jugarreta que te ha hecho ese excelencia de nuevo cuño, á quien os habéis propuesto mirar como un grande hombre, y á quien yo en mis tiempos hubiera hecho encerrar en un presidio.

DUQUESA. ¡Tía!..

MARQUESA. Sí, señor, en un presidio. ¡Atreverse á robarte y meterte en su casa!.. Y vamos á ver..., ¿todo ello para qué?... ¡Nada... ¡Para decirte insultos y groserías de cuerpo de guardia! — ¡Vamos, eso es inaudito! ¡Qué tiempos alcanzamos, señor! — Y sepamos: ¿en qué altura estás con ese hombre?

DUQUESA. Que le he escrito, tía...

MARQUESA. ¡Qué necedad!

DUQUESA. Y no me ha contestado ni una sola vez.

MARQUESA. ¡Mire usted!.. ¡el insolente!

DUQUESA. En fin, que ya no me quiere.

MARQUESA. ¿Y tú le quieres ahora?

DUQUESA. ¡Sí, tía!.. ¡A qué se lo he de ocultar á usted..., le quiero más que á mi vida!

MARQUESA. ¡Ese es el orden!.. En mis tiempos, lo que es eso era lo mismo. ¿Y qué vas á sacar de quererle?

DUQUESA. ¡Qué sé yo! ¡Ni puedo explicar lo que pasa en mí!.. No sé lo que hago, ni lo que pienso... ¡No soy ya la misma!

MARQUESA. ¡Y es lástima!

DUQUESA. ¡Si él supiera que esta mujer, tan desdenosa, tan coqueta, ha llegado á sentir amor!.., ¡que su coraáon es otro enteramente!..

MARQUESA. ¡Qué tal!.. ¿Te decía yo bien, que estuvieses en guardia?

DUQUESA. Pero ya lo sabrá: he querido que lo sepa: acabo de escribir á D. Valentín.

MARQUESA. ¿Y quién es D. Valentín?... ¿Su confesor?

DUQUESA. No: ese amigo suyo que no me puede ver.

MARQUESA. ¡Ah! ¡Ya! Ya me acuerdo: ¿el que dirigió el rapto?... ¿el que emborrachó á tu cochero?... Pues mira, es hombre de travesura; si fuera de buena familia, hubiera hecho suerte en mis tiempos.

DUQUESA. ¡Ese es el que me ha perdido!.. ¡Me ha hecho una guerra mortal!.. ¡Me ha robado el corazón de su amigo!

MARQUESA. ¡Ta, ta..., ta!.. ¡Dale con el corazón!.. En el día todo se vuelve hablar del corazón. Niña, tú te has olvidado de mis lecciones.

DUQUESA. ¡Sus lecciones de usted!.. ¡Ah! Por haberlas seguido demasiado no he hecho ahora más que halagar mi orgullo, sin lograr un instante de felicidad!

MARQUESA. ¡Esas no son más que palabras!.. Hablemos en razón. Mientras que la cosa no ha pasado de divertirme á expensas de ese soldado advenedizo á quien le han pegado un excelencia, ¡vaya con Dios!.., no había peligro de ello: casi era una distracción. Pero cuando ya los dos lo habéis tomado con seriedad, cuando un hombre de humilde extracción se atreve á toda una duquesa del Puerto, ¡oh!, eso ya no se puede llevar en paciencia! En mi tiempo la familia hubiera hecho que el rey le enviase á Filipinas, bajo partida de registro.

DUQUESA. ¡Tía, por Dios, no diga usted eso! ¿Cómo echa usted de menos aquellos tiempos?

MARQUESA. ¿Cómo?... ¡Friolera!.. En primer lugar, porque siempre una echa de menos los tiempos en que era joven; y luego porque esto de la ilustración, como ahora lo llaman, es una confusión de clases, que no nos entendemos. En diciendo: ¡es un poeta famoso!.., ¡es un militar valiente!.., se acabó: ya hay que abrirle las puertas á cualquier Pedro Fernández, como ese señor general Bernal, que puede que se haya criado en pernetas, jugando al trompo en alguna plaza.



DUQUESA. ¿Y cómo quiere usted, tía, que nadie se acuerde de eso, tratándose de un hombre que se ha elevado por sus prendas eminentes?

MARQUESA. ¡Bah, bah!..

DUQUESA. ¿Y si yo le dijese que estoy tan ciega, que tengo tentaciones de atropellar por todo?

MARQUESA. ¡Cómo!.. ¡Alguna locura!..

DUQUESA. ¡Sí, señora!.. Desesperada de no recibir contestación á ninguna carta, indignada de su indiferencia, estoy casi resuelta á hacer que vaya mi coche á la puerta de su casa, y se esté allí toda la mañana, para que corra la noticia y me comprometa sin remedio.

MARQUESA. ¡Ay, en qué siglo vivimos!.. Pero, sobrina, ¿no has reflexionado?..

DUQUESA. Sí, tía; he reflexionado..., ¡y por eso no me atrevo á hacerlo!..

MARQUESA. ¡Gracias á Dios! ¡Jesús!.. Mejor te pasaría que fueses efectivamente á su casa en un coche de alquiler, con las persianas echadas.

DUQUESA. ¡Qué dice usted!..

MARQUESA. Así no habría escándalo, y en todo caso se podía negar.

DUQUESA. ¡Pero si yo quiero que todo el mundo sepa que le amo!

MARQUESA. Entonces no hay caso: te has vuelto loca, y es imposible entenderse contigo.

DUQUESA. ¡Me parece que sí!

MARQUESA. Pero en fin, eres mi sangre, y no puedo dejarte en las astas del toro. A ver, hija, á ver qué corte se puede dar á esto. ¿Tú estás encaprichada por ese general?

DUQUESA. ¡No hay para mí felicidad sin su amor!

MARQUESA. ¡Pues qué remedio!.. Cásate con él. Será una alianza desigual..., será un borrón en la familia..., ¿pero qué se ha de hacer?

DUQUESA. Ya estaba yo en eso; pero el caso es que él ya no me ama.

MARQUESA. ¿Que no te ama?.. ¡Pues no faltaba más!.. Conque en vez de darse con un canto en los pechos... Dime: ¿le has escrito á ese D. Valentín?.. ¿Qué le dices?

DUQUESA. Que venga á verme: es quien más influjo tiene con el general.

MARQUESA. ¿Y tratarás de convencerle de la sinceridad de tus sentimientos?

DUQUESA. ¡Oh, si yo lograra ponerle de mi parte; si él quisiera persuadir á su amigo á que viniese á verme..., á que yo le viera un solo instante!..

MARQUESA. ¡Pero eso no está en el orden!.. ¿Has de ser tú quien dé el primer paso?.. ¿Sería eso decoroso?.. No, no, yo me encargo de ello.

DUQUESA. ¿Usted, tía?

MARQUESA. Sí, yo: ¡bastante me cuesta!.. Pero tú lo echarías á perder..., te irías por esos trigos..., y quizá no lograrías lo que quieres. Yo recibiré á D. Valentín.

DUQUESA. ¡Ah, cuánto la debo á usted!

MARQUESA. ¡No lo sabes bien!

UN LACAYO. El Sr. D. Valentín Rompelanzas desea ver á S. E.

DUQUESA. ¡Ahí está, tía!

MARQUESA. Pues vete á tu cuarto, y déjame á mí.

DUQUESA. ¡Cuidado, por Dios, tía! ¡Trátelo usted con mucha atención!.. ¡Reflexione usted que mi suerte, que mi vida está en manos de ese hombre!

MARQUESA. No tengas miedo; yo soy muy diplomática: vete, vete.

DUQUESA. ¡En usted confío! (Se va por la izquierda.)

MARQUESA. ¡Bien, bien! — (Al lacayo.) Que pase adelante. (Se va el lacayo.) ¡La marquesa de Estepona tratando de igual á igual con un D. Valentín!.. ¡A qué tiempos hemos llegado!

#### ESCENA IV

#### LA MARQUESA, D. VALENTÍN

UN LACAYO. (Anunciando.) El Sr. D. Valentín Rompelanzas.

VALENTIN. (Saludando.) Obediente á la esquelita que ha tenido usted á bien escribirme, vengo... (Llegando y viendo á la marquesa.) ¡Ah! Perdone usted, señora. (Retirándose.)

MARQUESA. No, no; acérquese usted, amigo mío.

VALENTIN. Es la señora duquesa del Puerto quien me ha llamado...

MARQUESA. Y es la marquesa de Estepona, duquesa de Pozos-dulces, su tía, quien le recibe á usted.

VALENTIN. (Aparte.) ¡Marquesa y duquesa!.. Esta es más en cuanto á títulos..., ¡pero en cuanto á facha!..

MARQUESA. Pues, amigo, tengo que hablarle á usted.

VALENTIN. Ya soy todo orejas, señora.

MARQUESA. Creo que tiene usted un amigo á quien llaman Bernal, si no me equivoco.

VALENTIN. Sí, señora, así le llaman desde que nació.

MARQUESA. Pues sí: de él vamos á tratar.

VALENTIN. Bien: tratemos.

MARQUESA. Ha de saber usted que, por uno de esos caprichos de la suerte, mi sobrina tiene que pedirle á usted un favor.

VALENTIN. ¿A mí, señora?.. ¿A mí, que soy su enemigo más encarnizado?

MARQUESA. ¡Qué es eso de enemigo!.. ¿A mí me lo dice usted?..

VALENTIN. ¡Toma! Pues si se lo he dicho á ella.

MARQUESA. ¿Es posible?

VALENTIN. Pero debo confesar que no es á ella precisamente á quien tengo tirria, sino á todas las coquetas en general.

MARQUESA. ¿Cómo se atreve usted?

VALENTIN. ¡Toma! Si supiera usted la aventura que me pasó con una de ellas, llamada Saturnina, no lo extrañaría usted.

MARQUESA. Yo no sé quién es Saturnina, ni me importan sus aventuras de usted. Pero me parece que prescindiendo de la clase, del nacimiento, basta ser mujer para imponer respeto.

VALENTIN. ¡Cierto! Y á mí me lo imponen todas..., excepto las que son taimadas y coquetas, como Saturnina.

MARQUESA. ¡Dale con Saturnina! ¿Acabaremos de hablar de Saturnina? Alguna modista de Madrid!..

VALENTIN. No, señora: ¡una navarra de tomo y lomo!, y no era modista. ¡Ojalá lo hubiera sido! La echaba de señora: me dió una cita, tuve que escapar, y me rompí esta pierna.

MARQUESA. ¿Qué me importa á mí su pierna de usted?

VALENTIN. A mí me importa mucho; y si viera usted cuando cambia el tiempo..



MARQUESA. Basta, basta de pierna, y óigame usted. — Mi sobrina la duquesa del Puerto ha dado en la flaqueza de honrar con su aprecio á un hombre que, á decir lo que siento, no lo merece.

VALENTIN. ¡Señora!

MARQUESA. ¡No me interrumpa! — Usted sin duda ignora que uno de los ascendientes del duque del Puerto murió en la toma de Sevilla, al lado del santo rey D. Fernando.

VALENTIN. Si moriría: eso debe usted saberlo mejor que yo. Yo no estuve en esa batalla.

MARQUESA. ¡Es que yo tampoco!

VALENTIN. No, no digo yo que usted estuviera.

MARQUESA. ¡Me gusta la especie!

VALENTIN. Yo donde he estado es en otros combates, donde el general Bernal se cubrió de gloria.

MARQUESA. ¡Buena gloria te dé Dios! ¡Ahora todo el mundo se cubre de gloria!

VALENTIN. Lo que es él, me parece que no habrá quien dude en España...

MARQUESA. Bien: no disputo su gloria.

VALENTIN. Y hace usted bien.

MARQUESA. Pero me confesaré usted que no por eso está á menos distancia de mi sobrina.

VALENTIN. ¡No, señora; no la confesaré á usted tal!

MARQUESA. ¡Oiga y no me interrumpa tanto!

VALENTIN. ¡Y usted también hágame el favor de no ofender al general Bernal!

MARQUESA. ¡No faltaba más sino que la marquesa de Estepona tuviese que guardar respeto á un general improvisado.

VALENTIN. ¿Y por qué no se lo ha de guardar, si vale más el dedo meñique de ese general que todas las duquesas y marquesas vejesterios que andan por Madrid?

MARQUESA. ¡Insolente!

VALENTIN. ¡Lo dicho!

MARQUESA. ¡Canalla!.. ¡Sangrador!

VALENTIN. ¡Mucho que sí! (Sacando un estuche.) Y si usted se sofoca, aquí traigo las lancetas.

MARQUESA. ¡Asesino!..

#### ESCENA V

##### DICHOS, LA DUQUESA

DUQUESA. ¡Dios mío!, ¿qué es esto?.., qué ha sucedido?

MARQUESA. Lo que ha sucedido es que tires al instante de la campanilla.

DUQUESA. ¿Para qué, tía?

MARQUESA. Para que vengan á echar á ese hombre por un balcón.

VALENTIN. ¿Por un balcón? ¿Como hizo Saturnina? — No, señora: con las que pasan de treinta, salgo yo siempre por la puerta.

DUQUESA. (Con dulzura.) ¡Sr. D. Valentín!..

VALENTIN. Y ese camino voy á tomar, ya que se me ha llamado para esto.

DUQUESA. No: yo le suplico á usted que se aguarde.

MARQUESA. En ese caso, señora sobrina, me iré yo.

DUQUESA. Pero tía, si le he mandado llamar, y usted me ofreció...

MARQUESA. ¿Y quién se contiene con un deslenguado de esa calaña? — ¡Adiós!..

¡Me voy!.. Consultaré con tu tío el conde de la Langosta, y vendré con él á predicarte! ¡Eres una loca!.. Te has metido entre gentuza, y no sacarás más que coces! (Vase gruñendo.) ¡Matasanos!

#### ESCENA VI

##### LA DUQUESA, D. VALENTÍN

DUQUESA. (Con afabilidad.) Esto no habrá sido nada. La pobre tía me quiere como á las niñas de sus ojos, y no debe usted extrañar que á su edad tenga ciertas rarezas, que deben ser disculpables para un sujeto de talento y de mundo.

VALENTIN. (Aparte.) ¡Hola! ¡Esto es otra cosa!

DUQUESA. (Sentándose.) ¡Pero siéntese usted!.. ¡Siéntese usted!..

VALENTIN. Estoy bien de pie, señora.

DUQUESA. ¡No, no! Hágame usted ese favor: nuestra conversación pudiera prolongarse... Tengo algunas cosas que decir á usted...

VALENTIN. ¡Vaya, pues! ¡Ya estoy escuchando. (Se sienta.)

DUQUESA. No hace muchos días que tuvo la bondad de hacerme una visita.

VALENTIN. Es verdad.

DUQUESA. Yo esperaba que no fuese la última...

VALENTIN. ¿Usted lo esperaba?.. Pues no fué tan gustosa que...

DUQUESA. (Con afabilidad.) Muchas veces disputa una..., no está de acuerdo con alguna persona sobre tal ó cual punto..., pero esto no quita que aprecie su buen fondo y desee volver á verla.

VALENTIN. Sí: verdad es, señora... que... (Aparte.) ¿Qué diablo es esto?

DUQUESA. Ya sé que ha estado usted fuera de Madrid.

VALENTIN. ¡Cómo! ¿Ha preguntado usted por mí?

DUQUESA. ¡A la cuenta! Ya ve usted que entre los dos no median más relaciones que el ser ambos amigos de... de...

VALENTIN. ¿Del general Bernal?

DUQUESA. Justamente; y en estos días no le he visto.

VALENTIN. ¡Bravo! Me ha cumplido la palabra.

DUQUESA. ¿Cómo?

VALENTIN. Teniendo que ir á caza algunos días, le exigí palabra de no venir á ver á usted; pero como hasta aquí ha sido tan mandria en ese punto, no me fiaba mucho, y temía que diese otra vez al traste con el proyecto que he formado para su bienestar, y al cual ha dado él su aprobación.

DUQUESA. ¡Ya!

VALENTIN. Ahora veo con gusto que lleva el plan adelante, y que se ha decidido á no molestarla más á usted con ese amor de que usted no ha podido participar.

DUQUESA. ¿Quién le ha dicho á usted eso, Sr. D. Valentín?

VALENTIN. ¡Toma! ¡Pues la cosa ha sido bien clara!

DUQUESA. Usted me ha tenido á mí por insensible, y yo á usted por malo: ambos hemos podido equivocarnos.

VALENTIN. ¡Oh! En cuanto á lo primero...



- DUQUESA. Sí, sí, crea usted que nos hemos equivocado; porque usted, bajo ese exterior áspero y duro, oculta un corazón generoso...
- VALENTIN. ¡Eso es según!
- DUQUESA. Y en cuanto á lo demás, ¿cree usted, Sr. D. Valentín, que puede haber en el mundo una mujer capaz de estar tratando un año entero á su amigo de usted, sin apreciar sus bellas cualidades, sin mirar como la suprema felicidad el poseer su corazón?
- VALENTIN. (Aparte.) ¡Calla!.. ¡Esta mujer no es la misma!
- DUQUESA. ¡Usted ha sido muy severo, muy cruel con esa mujer!.. Y sin embargo, ella no le aborrece á usted, y sólo le pide un poco de indulgencia, en cambio de su amistad.
- VALENTIN. (Aparte.) ¡Es mucha metamorfosis! – ¡Señora duquesa!.. ¿Sabe usted que si uno no estuviera en guardia, era cosa de dejarse embaucar por esas palabras de miel? – ¡Vaya! ¡Lo hace usted de modo que cualquiera diría que su corazón de usted es capaz de sentir una verdadera pasión!
- DUQUESA. ¿Y por qué dudarle? ¿Por qué no ha de creer usted que mi alma es capaz de comprender la suya, y de perdonar un paso que en el fondo le honra á usted, por más que haya sido respecto á mí algo irregular y ofensivo?
- VALENTIN. ¿Dice usted que me perdona?.. ¿A mí?..
- DUQUESA. (Acercando la silla.) ¡A usted!.. – Y aún haré más.
- VALENTIN. (Separando la suya.) ¿El qué?
- DUQUESA. Obligarle á usted á que me haga justicia, á que confiese que esta mujer á quien usted ha ofendido, no carece de sentimientos nobles y generosos.
- VALENTIN. Señora..., efectivamente... yo... confieso que anduve algo crudo... y que para no guardarme rencor, necesita usted hacer un gran esfuerzo.
- DUQUESA. No tal: desde hoy seremos amigos: usted vendrá á verme... á menudo: me contará las campañas de su amigo; me hablará de la gloria que ha adquirido en los mil combates donde dió á conocer su talento y su valor... También de usted hablaremos: de la fama que ha logrado en su difícil y honrosa profesión; porque ha de saber usted que no ignoro lo que vale usted como facultativo, Sr. D. Valentín.
- VALENTIN. ¡Pues señor, bien!.. Tendré mucho gusto...
- DUQUESA. Ya verá usted cómo hay duquesas que son muy amables. ¡Cuántas veces sucede en el mundo formar juicios equivocados acerca de una persona, y rectificarlos la primera vez que se la habla! Yo, por ejemplo, había formado mala opinión de usted, y ahora me arrepiento.
- VALENTIN. (Aparte.) ¡Es cosa increíble! ¡Hay en todas sus palabras una franqueza, una verdad!.. ¿Tendrá efectivamente corazón esta mujer?
- DUQUESA. Conque Sr. D. Valentín... (Alargándole la mano.) ¿hacemos las paces?.. ¿No me aborrece usted?
- VALENTIN. ¡Aborrecerla á usted!.. ¿Es eso posible?.. (Aparte, retirando la suya.) ¡Valentín, acuérdate de Saturnina!
- DUQUESA. (Acercando la suya.) Ya conoce usted que una mujer en mi posición debe tomarse tiempo para sondear bien al hombre que ha de unirse á ella por toda la vida; y que esta precaución es fácil que se tome á primera vista por frialdad ó por doblez.
- VALENTIN. (Aparte.) ¡Pues tiene razón! Puede ser muy bien..., y quizá yo me he precipitado.
- DUQUESA. Su amigo de usted lo ha creído así; y usted ha contribuido á que lo crea.

- VALENTIN. Es verdad.
- DUQUESA. ¿Usted creyó que los triunfos logrados por mi vanidad eran todo para mí?
- VALENTIN. ¿Y me he engañado, señora?
- DUQUESA. No creo que usted lo dude. Los hombres que tienen la penetración de usted, leen en los corazones; y usted ha leído ya en el mío.
- VALENTIN. Señora... (Aparte.) ¡Como soy Valentín que esta mujer me ha vuelto la chabeta! ¡Qué expresión!.. ¡Qué dulzura!..
- DUQUESA. ¡Confiese usted que se ha portado mal!..
- VALENTIN. ¡Ay, señora!.. Y lo que temo es que no pueda ya enmendarlo!
- DUQUESA. ¿Cómo?
- VALENTIN. Porque puede que á estas horas mi amigo Bernal se haya casado.
- DUQUESA. (Levantándose.) ¡Casado!
- VALENTIN. (Levantándose.) Sí, señora; con Angelita Herrera..., aquella niña..., ¡ya se acuerda usted!, aquella á quien usted le quitó el novio.
- DUQUESA. ¡Casado... con ella!..
- VALENTIN. Es negocio que yo arreglé, y á mi marcha quedó resuelto: luego, mientras he estado fuera, no he cesado de escribir á Bernal apurándole para que lo llevase á cabo, á fin de sacarlo de una vez de las uñas de usted. Él me respondió que descuidase; porque la felicidad de Angelita era ya su primer cuidado. Ahora me dice usted que no ha parecido por aquí; ¡de suerte que fijos son los toros!
- DUQUESA. ¡Dios mío, eso no es posible!.. ¡No puede haberse casado!
- VALENTIN. Yo no sé; como al llegar me he encontrado con su esquila de usted, he venido aquí antes de ir á verlo.
- DUQUESA. Pero él le hubiera avisado á usted el día que se casaba: le hubiera esperado á usted para la boda...
- VALENTIN. Eso es probable; pero también lo otro es muy posible.
- DUQUESA. ¡Ay, D. Valentín!..
- VALENTIN. ¡Señora..., usted se pone pálida..., usted está mala!..
- DUQUESA. ¡Ah!..
- VALENTIN. ¡Estamos frescos! – ¿Conque la cosa iba de veras? ¿Por fin ha parado usted en amarle?.. ¡El remedio que yo apliqué á muerte ó á vida ha producido su efecto!.. ¡Pero qué demonio..., ha obrado tarde!
- DUQUESA. ¡Ah! El no puede haber renunciado así á una dicha que ha sido su sueño un año entero!.. ¡No puede haberse resuelto á emponzoñar la existencia de una mujer que ha querido tanto!
- VALENTIN. ¿Y quién había de creer que emponzoñaba su existencia de usted?
- DUQUESA. ¡Pues ya lo ve usted!.. ¡Ya ve usted si padezco..., mi corazón se ha descubierto ya con usted!
- VALENTIN. ¡Cáspita, es verdad! Conozco que anduve ligero... Vale usted más de lo que yo creí..., y si fuera tiempo todavía...
- DUQUESA. ¡Sí, sí! No debe haberse casado...
- VALENTIN. Voy á verle... voy á hablarle..., yo le diré...
- DUQUESA. (Con ternura.) ¿Qué le dirá usted?
- VALENTIN. ¡Toma!.. Le diré..., le diré que se ha vuelto usted otra..., que no la conozco..., que me ha trastornado usted los sentidos..., que es usted una mujer adorable!.. Me tratará de veleta..., ¡pero no importa! Y si fuese tarde..., si ya no tiene remedio..., entonces, señora..., para enmendar la falta que he cometido con usted...



DUQUESA. ¿Qué?..  
 VALENTIN. ¿Qué?.. ¡Me casaré yo con usted!  
 DUQUESA. ¿Usted, D. Valentín?  
 VALENTIN. ¡Andandico!.. ¡Yo soy capaz de cualquier cosa..., usted me ha levantado de cascos!  
 DUQUESA. Pero reflexione usted...  
 VALENTIN. ¡Ah! ¡Tiene usted razón! ¡No soy yo el que usted ama! ¡Vamos..., no sé lo que me digo! – Voy á buscarlo..., voy á procurar... Diga usted; ¿y si la cosa se compone, y le traigo, se volverá usted á burlar de él?  
 DUQUESA. ¡Ah! ¡Qué dice usted!..  
 VALENTIN. No, es que conviene tomar precauciones. Yo estoy aquí fiándome de sus palabras de usted, y casi enternecido..., y puede que haga mal.  
 DUQUESA. (Afligida.) ¡Por Dios, D. Valentín!..  
 VALENTIN. ¡Vamos..., no! La creo á usted,  
 DUQUESA. ¡Vaya usted pronto!  
 VALENTIN. Voy volando. – (Aparte, yéndose.) El demonio son las mujeres... ¡Qué modo de volverlo á uno tonto!

## ESCENA VII

## LA DUQUESA

¡Oh! ¡Aún será tiempo! ¡No puedo resignarme á creerlo! ¿Cómo me ha de haber olvidado tan pronto?.. – Él no amaba á esa niña..., ni ella puede hacerlo feliz. Quizá el despecho..., la venganza, le habrán hecho consentir; pero mi imagen se habrá interpuesto y le habrá detenido. Su amigo le va á hablar..., sin duda le traerá. – ¡Ah! ¡Cuánto he padecido!.. Pero si viene, si logro que me escuche un momento, yo sabré triunfar de su indiferencia. Si el mismo D. Valentín, que no me podía ver, se ha dejado ablandar por mis palabras, ¡qué será él, que me amaba tanto! (Mirándose á un espejo.) ¡Qué descolorida estoy!.., ¡qué mal peinada!.. No quiero recibirle con este vestido, que no me sienta bien. ¡Ah! ¡La coquetería esta vez es disculpable, porque tiene por objeto el verdadero amor! (Llama á la campanilla. Sale la doncella.)  
 DONCELLA. ¿Qué manda V. E.?  
 DUQUESA. Sácame un traje: quiero vestirme.  
 DONCELLA. ¿Daré orden de que V. E. no recibe? – He oído parar un coche. (Yendo al balcón.) Es el del señor general. ¿Le recibe V. E.?  
 DUQUESA. ¡Sí, sí!... Vete. (Vase la doncella.) ¡Enrique!.. Aún no puede haber visto á su amigo... ¡Luego viene por su propia voluntad!.. ¡Ah! Bien decía yo que no podía haberse casado! – (Componiéndose.) ¡Ea, serenidad, para no decir más que lo que convenga!  
 UN LACAYO. (Anunciando.) El señor general Bernal.

## ESCENA VIII

## EL GENERAL, LA DUQUESA

GENERAL. (Saludando.) Duquesa, estoy á los pies de usted.  
 DUQUESA. (Aparte, después de saludarle.) ¡Ah! ¡Qué frialdad! – Su amigo de usted acaba de salir de aquí: ¿le ha encontrado usted?

GENERAL. No, señora: ni aun sabía que estuviese de vuelta.  
 DUQUESA. (Aparte.) ¡Ah!  
 GENERAL. Usted habrá extrañado que no haya venido en tantos días, á pesar de la carta en que tenía usted la bondad de llamarme.  
 DUQUESA. ¡Muchos días han sido!  
 GENERAL. Usted me perdonará esta aparente grosería; pero he aguardado para ver á usted que llegase el día en que debo marchar para siempre...  
 DUQUESA. ¿Marchar para siempre?.. ¡Oh! ¡Eso es imposible!..  
 GENERAL. Dentro de dos horas partiré; pero hubiera sido una falta no venir á despedirme de usted. – Duquesa, ¿tiene usted algo que mandarme?  
 DUQUESA. (Aparte.) ¿Será esto cierto?

## ESCENA IX

## DICHOS, DOÑA ISABEL

ISABEL. ¡Hermana!.., ¡hermana!.., ¡qué noticia traigo!.. – ¡Ah! ¡El general aquí!.. ¿Vendrá sin duda á darte parte de su casamiento?  
 DUQUESA. ¿Su casamiento?  
 ISABEL. Mira, mira lo que me ha escrito Angelita. Esta carta me la envió hace ocho días; y como yo he estado en casa de mi tía, no la he visto hasta ahora.  
 DUQUESA. (Aparte, recorriendo la carta.) «Mi padre se ha empeñado... Este casamiento es cosa arreglada por D. Valentín... Me caso con el general Bernal... La boda será el 17...» – ¡Fué ayer!.. «Y el 18 nos vamos á Valladolid.» – ¡Es hoy!.. ¡Ah! ¡Se ha casado!.. (Trémula y turbada, busca una silla y se deja caer en ella.)  
 UN LACAYO. (Anunciando.) La señora marquesa de Estepona.

## ESCENA X

## DICHOS, LA MARQUESA. Luego D. VALENTÍN

MARQUESA. ¡A ver si estorbamos que haga una locura!  
 ISABEL (Aparte.) ¡Cómo se ha quedado mi hermana!.. Y el general también, ¡qué turbado!  
 EL LACAYO (Anunciando.) El Sr. D. Valentín Rompelanzas.  
 MARQUESA. ¡Este nos faltaba! ¿Vendrá á hablarnos de Saturnina y de la pierna rota?  
 VALENTIN. Señoras..., saludo á ustedes. Ya sabía yo que te encontraría aquí, y vengo...  
 GENERAL (Aparte.) ¡Calla!  
 DUQUESA (Aparte con la carta en la mano y sin haber notado que ha entrado gente.) ¡Va á partir!.. ¡Se ha casado!..  
 GENERAL (Acercándose á ella.) Permítame usted que le explique...  
 DUQUESA (Levantándose.) ¡Nada, nada! ¡La explicación completa de todo está en mi conducta insensata!  
 MARQUESA. Sobrina, ¿qué tienes?.. ¡Estás desencajada!  
 DUQUESA. ¿Qué he de tener?.. ¡Que he sido la más loca de las mujeres! Me he dejado alucinar de ideas frívolas, he hecho callar la verdad á mi corazón, he disimulado un sentimiento tierno que era mi existencia, he arrojado lejos de mí una felicidad que era mi vida!  
 GENERAL (Aparte.) ¡Gran Dios, será posible!



MARQUESA. ¡Sobrina!.. ¡Sobrina!.. ¡Mira que te oyen!

DUQUESA. ¡Y qué me importa ya! ¡No es tiempo de fingir: he vuelto en mí, cuando ya no hay remedio! ¡Mi alma se ha cansado de mentir y se presenta desnuda á los ojos del mundo! ¡Ay, tía! ¡Qué pequeños, qué miserables son todos esos ardidés de sociedad ante un amor grande y verdadero! ¡Ah! ¡Renuncio á esos fútiles triunfos, á esos placeres mentidos de la vanidad, á ese mundo que me ha engañado! ¡No hay en él de cierto más que el amor, y lo he sacrificado. ¡Yo debí consagrarle á un hombre mi vida, yo había nacido para hacerle feliz... y otra ha de ser quien lo logre! ¡La culpa es mía, sí, mía! ¡Y no me resta más que la soledad..., una eterna soledad, donde viviré sin más compañía que mi amor... Sí, quiero confesarlo públicamente..., mi amor, mi amor... ¡Yo amo á ese hombre... y él está ya casado!

MARQUESA. ¡Hola!.. ¡Pues ya no hay que temer!

VALENTIN. Es que...

GENERAL (Aparte.) ¡Calla! - Es verdad: he elegido una compañera, cuyo talento, cuyas virtudes han bastado á inspirarme el más violento amor! Y para colmo de felicidad, su alma, tan tierna, tan apasionada como la mía, participa de una pasión que nada podrá ya en el mundo disminuir ni apagar. (Echándose á los pies de la duquesa.) ¿No es cierto?

DUQUESA. ¡Ah! ¡Qué veo!

GENERAL. ¡Clara!.. ¡Aún puedo ser de usted!

DUQUESA (Echándose en sus brazos.) ¡Ah, Enrique!

GENERAL. ¿Eres mía?

DUQUESA. ¡Para siempre!

VALENTIN (A la marquesa.) ¿Lo ve usted? ¡Soy un gran médico!

ISABEL. ¿Pero y Angelita?

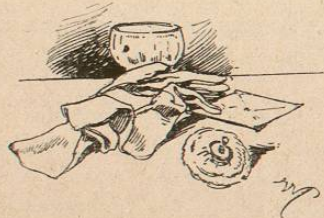
VALENTIN. Ahora salimos con que se casa, pero con su antiguo novio, con D. Fernando, que ha cantado la palinodia: este perillán hizo ese negocio durante mi ausencia y me ocultó su plan. (Aparte.) ¡Es lástima! ¡Yo me hubiera casado con esta mujer de buena gana!

MARQUESA. Aquí no hay nada que hacer. ¡Cómo ha de ser! Haremos que le den un título de marqués.

VALENTIN (Al general y á la duquesa.) Aunque ya no ejerzo la facultad, con todo, para los amigos siempre estoy pronto: conque, cuando llegue el caso...

GENERAL. ¡Valentín!

VALENTIN. Está entendido. ¡Todos quedamos contentos!.. ¿Todos? ¡Qué sé yo!.. Eso... (Saludando al público.) ahora lo sabremos.



## BRUNO EL TEJEDOR

COMEDIA EN DOS ACTOS, ARREGLADA AL ESPAÑOL

### PERSONAS

BRUNO. - ROQUE. - D. LUIS. - D. FRÓSPERO. - D. TOMÁS. - INÉS. - UN ESCRIBANO.  
ACOMPAÑAMIENTO

(La escena es en Alcalá)

### ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala; en el fondo una gran puerta vidriera que da al gabinete.  
Puertas y ventanas á uno y otro lado

### ESCENA PRIMERA

D. PRÓSPERO y D. TOMÁS. D. Próspero está sentado delante de una ventana y mirando por ella; D. Tomás está del mismo modo en la parte opuesta. Ambos tienen puesto el sombrero, y hablan cada uno para sí.

PRÓSPERO. ¡Qué buena huerta!.. ¡Cuánta fruta!.. ¡Cuánta hortaliza!.. ¡Sí, señor: gran bocado es este!

TOMÁS. ¡Vaya una fábrica!.. ¡Qué máquinas!.. ¡Qué magníficos telares!..

PRÓSPERO. ¡No he visto finca más hermosa!

TOMÁS. ¡Es una herencia que ya, ya!

PRÓSPERO. Veremos qué dice el testamento. Yo tengo mis esperanzas de que el difunto no se ha de haber olvidado de mí.

TOMÁS. El bueno de D. Bernardo no tenía mujer ni hijos..., y algo me habrá dejado, como pariente.

PRÓSPERO. (Levantándose y reparando en D. Tomás.) Beso á usted la mano.